

EL BEBÉ DE DESSIRÉE*

Kate Chopin

Como el día era agradable, Madame Valmondé se fue a L'Abri a visitar a Désirée y al bebé.

Le daba risa imaginarse a Désirée con un bebé. Parecía que fue ayer cuando la misma Désirée no era más que un bebé; cuando el señor, al cruzar a caballo la portada de Valmondé, la halló yaciendo dormida a la sombra del gran pilar de piedra.

La pequeña despertó en sus brazos y empezó a llamar «papá». Tan sólo eso era lo que podía hacer o decir. Algunas personas pensaban que podría haberse extraviado por sí misma puesto que estaba en la edad de empezar a dar los primeros pasos; pero la creencia imperante era que había sido abandonada adrede por un grupo de téjanos, cuyo carromato cubierto por una lona, al final del día, había cruzado al otro lado con el trasbordador que Conton Mai's tenía justo más abajo de la plantación. Con el tiempo Madame Valmondé dejó toda especulación excepto la de que Désirée le había sido enviada por una caritativa providencia para convertirse en la ansiada hija, habida cuenta de que ella no tenía descendencia propia. La niña, pues, creció para ser bella y gentil, cariñosa y sincera -el ídolo de Valmondé.

No era de extrañar que un día, cuando estaba de pie apoyada contra el gran pilar de piedra a cuya sombra había yacido dormida dieciocho años antes, Armand Aubigny al pasar por allí en su caballo y verla, se hubiera enamorado de ella. Esa era la manera de enamorarse todos los Aubigny, como si salieran disparados al primer pistoletazo. Lo sorprendente era que nunca antes la había amado a pesar de que la conocía desde que su padre lo trajo de París, un niño de ocho años, tras el fallecimiento de su madre en dicha ciudad. La pasión que despertó en él aquel día, cuando la vio a la puerta, le barrió como una avalancha o como un incendio en la pradera o como cualquier cosa que avance sin parar por encima de todos los obstáculos.

[113]

Monsieur Valmondé se volvió precavido y quiso que las cosas se tomaran en consideración; es decir, lo referente al oscuro origen de la muchacha. Armand la miró a los ojos y no le importó. Se le recordó que carecía de apellido. ¿Qué importaba un apellido si él podía otorgarle uno de los más antiguos y de mayor abolengo de Louisiana? Encargó el *corbeiller*¹⁷ en París y se armó de paciencia hasta su llegada; entonces se casaron.

Madame Valmondé no había visto a Désirée y al bebé las últimas cuatro semanas. Cuando llegó a L'Abri se estremeció, tal como siempre le sucedía. Era un lugar de aspecto triste, que durante muchos años no había conocido la gentil presencia de una dueña, el anterior Monsieur Aubigny se casó y enterró a su esposa en Francia, y ésta que había amado tanto a su propio país, nunca lo abandonó. El tejado se dejaba caer en picado y era negro como una capucha extendiéndose más allá de las amplias galerías que rodeaban la casa estucada en amarillo. Grandes y solemnes robles crecían cerca de ella, y sus largas ramas de espeso follaje la ensombrecían como un palio. Las normas del joven Aubigny también eran estrictas, y bajo las mismas sus negros habían olvidado cómo ser felices, tal como lo habían sido durante los tiempos del anterior amo tan permisivo e indulgente.

La joven madre se recuperaba lentamente, recostada sobre un canapé y vestida de suaves y blancas muselinas y encajes. El bebé estaba junto a ella sobre su brazo donde «e había quedado dormido al darle de pecho. La niñera mulata estaba sentada junto a una ventana abanicándose.

Madame Valmondé inclinó su corpulenta humanidad sobre Désirée y la besó, reteniéndola un instante con cariño entre sus brazos. Después se volvió hacia el niño.

«¡Éste no es el bebé! » -, exclamó, con voz sobresaltada. El francés era la lengua que se hablaba en Valmondé en aquellos días.

«Sabía que te asombrarías», se rió Désirée, «de lo aprisa que ha crecido. ¡El pequeño *cochon de lait*¹⁸. Mira sus piernas, mamá y sus manos y sus uñas, -uñas de verdad. Zandrine tuvo que cortarlas esta mañana. ¿No es cierto Zandrine?».

La mujer asintió majestuosamente con la cabeza envuelta en un turbante. «*Mais si*,¹⁹ Madame.»

[114]

* Traducción de Nieves Alberola Crespo. En Nieves Alberola Crespo, & Carme Manuel Cuenca (Eds.) (2003). *Voces Proféticas. Relatos de escritoras estadounidenses de entresiglos (XIX-XX)*. Castellón; Ediciones Ellago. Pp. 113-118.

¹⁷ Ajuar.

¹⁸ Mamoncete.

¹⁹ Desde luego.

«Y la manera de llorar», continuó Désirée, «es ensordecedora. Armand lo escuchó el otro día desde tan lejos como de la cabaña de La Blanche».

Madame Valmondé no le quitaba los ojos al bebé. Lo levantó y ando con él hacia la ventana que tenía más luz. Examinó al bebé exhaustivamente, seguidamente miró a Zandrine como si buscara algo, cuyo rostro se había vuelto de espaldas para contemplar fijamente los campos.

«Sí, el niño ha crecido, ha cambiado», dijo Madame Valmondé, lentamente, mientras lo colocaba de nuevo junto a su madre. «¿Qué dice Armand?»

El rostro de Désirée parecía sofocado por un resplandor que era la felicidad misma.

«¡Oh! Armand es el padre más orgulloso del condado. Creo que principalmente porque es un niño que llevará su apellido; aunque él dice que no, que hubiera querido una niña lo mismo. Pero sé que no es cierto. Sé que lo dice para complacerme. Y mamá», añadió acercando el rostro de Madame Valmondé hacia sí, y susurrando, «no ha maltratado a ninguno -a ninguno- desde que el bebé nació. Incluso a Negrillón, que fingía haberse quemado la pierna para poder descansar del trabajo -él sólo se rió, y dijo que Negrillón era un tremendo bribón. Oh, mamá, me asusta tanta felicidad».

Lo que decía Désirée era cierto. El matrimonio y posteriormente el nacimiento de su hijo habían suavizado la imperiosa y exigente naturaleza de Armand Aubigny en gran medida. Esto era lo que hacía tan feliz a la dulce Désirée pues le amaba desesperadamente. Cuando él fruncía el ceño, ella temblaba, pero le amaba. Cuando él sonreía, ella no pedía mayor bendición de Dios. Sin embargo, desde el día que se enamoró de ella el atractivo y moreno rostro de Armand no se había desfigurado tan a menudo por ceños fruncidos.

Cuando el bebé tenía cumplidos unos tres meses, Désirée despertó un día con la convicción de que había algo en el ambiente que amenazaba su tranquilidad. Al principio era algo demasiado sutil para captarlo. Se trataba solamente de una inquietante situación; un cierto aire de misterio entre los negros; visitas inesperadas de vecinos lejanos que apenas podían justificar su llegada. Después un extraño cambio en el comportamiento de su marido por el que ella no se atrevía a pedirle explicaciones. Cuando hablaba con ella, lo hacía con la mirada esquiva de la que el antiguo brillo del amor parecía haber desaparecido. Se [115] ausentaba de casa; y cuando estaba allí, evitaba su presencia y la de su hijo, sin excusas. Y el mismo espíritu de Satán parecía haberse apoderado de repente de él en su trato con los esclavos. Désirée estaba lo suficientemente abatida como para morir.

Una tarde calurosa se sentó en su habitación, en peinador, entrelazando lánguidamente con sus dedos las madejas de su largo y sedoso cabello castaño que le caía sobre los hombros. El bebé medio desnudo yacía dormido sobre su espaciosa cama de caoba, que era como un suntuoso trono con su medio dosel forrado de satén raso. Uno de los pequeños niños cuarterones de La Blanche -medio desnudo también- estaba de pie abanicando al niño lentamente con un abanico de plumas de pavo real. La mirada de Désirée se había fijado distraída y tristemente en el bebé, mientras luchaba por penetrar la amenazante niebla que la oprimía. Su mirada pasaba de su niño al chico que permanecía de pie a su lado y volvía a mirarlo de arriba a bajo, una y otra vez. «¡Ah!» Se oyó un grito que ella no pudo evitar; no fue consciente de haberlo proferido. La sangre se coaguló en sus venas, y un sudor pegajoso se acumuló en su rostro.

Intentó hablar al pequeño cuarterón; pero, al principio, ningún sonido se hizo oír. Cuando el pequeño escuchó pronunciar su nombre, alzó la mirada y su dueña le señalaba la puerta. Él dejó a un lado el abanico grande y suave, y obediente se marchó sigilosamente, sus desnudos pies de puntillas sobre el pulido suelo.

Ella permaneció inmóvil, su mirada clavada en su hijo, y en su rostro el vivo retrato del espanto.

Al poco tiempo su marido entró en la habitación, y sin reparar en ella, se dirigió a una mesa y comenzó a buscar entre algunos papeles que la cubrían.

«Armand», lo llamó, con una voz que lo debía haber apuñalado, si tuviera sentimientos. Mas él no prestó atención. «Armand», dijo de nuevo. Entonces se levantó y tambaleándose se acercó a él.

«Armand», jadeó una vez más, agarrando su brazo, «mira a nuestro hijo. ¿Qué significa ésto? Dime».

Fríamente pero con cuidado desasíó sus dedos del brazo y apartó bruscamente la mano lejos de él. «¡Dime qué significa ésto!», gritó con desesperación.

«Significa», repuso frívolamente, «que el niño no es blanco; significa que tú no eres blanca».

[116]

Una rápida noción de todo lo que esta acusación significaba para ella la armó de valor inusitado para negarlo. «Es mentira; no es verdad, ¡yo soy blanca! Mira mi cabello, es castaño; y mis ojos grises, Armand, tú sabes que son grises. Y mi piel es blanca», asiendo su muñeca. «Mira mi mano; más blanca que la tuya, Armand», rió histéricamente.

«Tan blanca como la de La Blanche», replicó cruelmente; y se marchó dejándola sola con su hijo.

Cuando pudo sostener una pluma con su mano, envió una desesperada carta a Madame Valmondé.

«Querida madre, me dicen que no soy blanca. Armand me ha dicho que no soy blanca. Por amor de Dios, díles que no es verdad. Tú debes saber que no es verdad. Moriré, debo morir. No puedo ser tan desgraciada y vivir.»

La respuesta que llegó era así de breve:

«Désirée mía: vuelve a casa, a Valmondé; regresa junto a tu madre que te quiere. Ven con tu hijo.»

Cuando Désirée recibió la carta se dirigió al despacho de su marido y la dejó abierta sobre su escritorio ante el que estaba sentado. Ella parecía una estatua: silenciosa, blanca, inmóvil tras dejarla allí.

En silencio sus fríos ojos recorrieron el texto. No dijo nada. «¿Debo marcharme, Armand?», preguntó con voz profunda y agonizante suspense.

«Sí, márchate.»

«¿Deseas que me marche?»

«Sí, deseo que te marches.»

Pensó que Dios Todopoderoso le había tratado cruel e injustamente; y sintió que, de alguna manera, le debía devolver con la misma moneda apuñalando de aquella forma el alma de su esposa. Más aún, ya no la amaba por el daño que, inconscientemente, ella había ocasionado a su hogar y a su apellido.

Ella se alejó como aturdida por un golpe y caminó lentamente hacia la puerta, esperando que él la haría volver.

«Adiós, Armand», gimió.

Él no respondió. Éste fue su último golpe al destino.

Désirée se fue a buscar a su hijo. Zandrine caminaba por la sombría galería con él. Tomó al pequeño de los brazos de la niñera sin mediar palabra y descendiendo los escalones, se alejó bajo las ramas de la encina.

Era una tarde del mes de octubre; el sol ya se estaba poniendo. A lo lejos, en los tranquilos campos los negros estaban recolectando algodón.

[117]

Désirée no se cambió el fino vestido blanco ni las pantuflas que llevaba puestas. Su cabello estaba al aire y los rayos del sol le daban un destello dorado a su cabellera castaña. No tomó la amplia y transitada carretera que conducía a la lejana, plantación de Valmondé. Caminó a través de un campo desierto donde el rastrojo magullaba sus tiernos pies, tan delicadamente calzados, y dejaba a jirones su fino vestido blanco.

Desapareció entre los juncos y los sauces que crecían espesos a lo largo de las orillas del profundo y perezoso canalizo y no regresó jamás.

Semanas más tarde tuvo lugar una curiosa escena en L'Abri. En el centro del patio trasero, barrido cuidadosamente, había una gran hoguera. Armand Aubigny estaba sentado en el amplio vestíbulo que dominaba la vista del espectáculo; era él quien entregaba a media docena de negros los objetos que mantenían [1] fuego ardiendo.

Una elegante cuna de sauce con todos sus delicados ornamentos fue colocada sobre la pira que: ya había sido alimentada con la riqueza de una valiosa *layette*²⁰. También había vestidos de seda, y otros de terciopelo y satén; así como encajes, y bordados; sombreros y guantes; puesto que el ajuar había sido de una calidad excepcional.

Lo último que se echó a la hoguera fue un pequeño paquete de cartas; inocentes y pequeños garabatos que Désirée le había escrito durante los días de su noviazgo. En el fondo del cajón de donde las había sacado estaba lo que quedaba de una. Pero no era de Désirée; era parte de una antigua carta de su madre a su padre. Él la leyó. En ella daba gracias a Dios por la bendición del amor de su marido:

«Pero sobre todo», su madre escribía, «noche y día, agradezco al buen Dios por haber dispuesto nuestras vidas de tal modo que nuestro querido Armand nunca sabrá que su madre, que lo adora, pertenece a la raza maldecida con el estigma de la esclavitud».

[118]

²⁰ Canastilla de recién nacida